

HISTORIA DE UNA AMISTAD

Después de ocho meses de la muerte de Antonio la vida te sigue persiguiendo y su recuerdo y vacío continúan presentes en mi memoria. La insistencia de Ángel Marcos, también amigo entrañable, me obliga a esbozar una sencilla semblanza de nuestro amigo común, consciente de no entrar en la intimidad. Su muerte absurda te deja anonadado y pasan los días pensando lo hermoso que fue vivir tantos momentos familiares, rutinarios y académicos donde el cariño y la amistad prevalecían constantemente. Desde aquel fatídico 21 de Septiembre, es posible, que me haya acordado todos los días de su persona, menos los quince días de la UVI, en que estuve siempre acompañado de Maíta, igual que si fuera él.

Nuestra amistad generacional continuó la de nuestros padres y sirve de estímulo a nuestros hijos. Gratitud y reconocimiento han sido constantes a lo largo de nuestras vidas y fue un privilegio gozar de su exquisito trato.

Le vi crecer intelectualmente desde aquellos años de Bachillerato en los que además del Griego, ya dominaba varios idiomas. De sus dotes intelectuales, sus compañeros y discípulos ya han dicho suficiente. Trabajador, generoso, maestro, lingüista, lector incansable, versátil, respetuoso, honesto.....Tenía un ingenio extraordinario y una mente superior que podía y era capaz de relacionarlo todo. Sabía escuchar, tenía grandeza humana, era un **hombre bueno**. Hoy lloramos su ausencia y recordamos su figura y sus escritos.

Antonio siempre estaba dispuesto a acompañarte a cualquier lugar. No le importaba “perder” el tiempo en actos triviales de

la vida ordinaria. Todo tipo de convivencia era de su agrado. Nunca una mala cara ni una expresión de aburrimiento. Escuchaba y hablaba de cualquier tema, y... siempre enseñaba.

Nunca presumió ni hizo gala de su sabiduría. Tenía la humildad del sabio. Veía proyectos por doquier. Perteneció a ese grupo de helenistas españoles que no se resignan a representar el deslucido papel de “los últimos de Filipinas”, porque están convencidos de que en el campo que constituye el objeto de su trabajo abundan los tesoros que a los modernos les interesa, sin duda, recuperar. Combatía “el síndrome del dinosaurio” (como decía él) que afecta a los estudiosos de las Lenguas Clásicas, a base de mantenerse en estrecho contacto con los textos de los grandes autores, en los que descubría una inagotable fuente de juventud, madurez y modernidad.

Hace años empezó a ver en la Retórica un filón a su dilatada carrera. La Retórica, el arte que inventaron los antiguos griegos cuando se percataron de las espléndidas y utilísimas virtudes del lenguaje. “Ellos descubrieron que el mundo lo pensamos con palabras y que con palabras transmitimos conocimientos y sentimientos, y halagamos y zaherimos y consolamos y alteramos situaciones con palabras”.

Recuerdo los múltiples viajes que hicimos por España y el extranjero con Maíta y Toñi. Nunca tuvimos el más mínimo problema. Siempre dispuestos a ceder. “Donde tú quieras, lo que tú quieras”. Y además con intérprete. Nuestras vidas han sido la historia de una amistad de sesenta años.

Nunca hablaba mal de nadie, es más, lo disculpaba todo. Entendía de todo. De cine, de literatura, de deportes, de gastronomía, de vinos, de cosmética....Estaba al día de las últimas novedades de lo que ocurría en otros países. Su humor, sus chistes “bárbaros” que contaba con tal gracia que siempre caían bien. Nadie se incomodaba. Tenía clase, sabía estar y poner siempre la nota amable y divertida.

Tengo entendido que el reconocimiento y la gratitud dependen de sendos cromosomas que no todos los individuos de la raza humana tienen en su ADN. Tú, Antonio siempre fuiste portador de los cromosomas de la amistad, generosidad y elegancia de alma. Tu exquisito trato ha sido un privilegio compartir y tu recuerdo siempre me acompañará.

José Luis Cabezas García